

## La simplicidad de Dios considerada como falta de partes naturales (simplicidad física de Dios)

La segunda forma de simplicidad se refiere a la falta de partes naturales. Si Dios estuviese compuesto de partes naturales, sería corporal, pasajero y visible.

1. La Sagrada Escritura enseña expresamente la espiritualidad de Dios, así como la invisibilidad que de ella se deriva (*Ex.* 33, 20; *Io.* 4, 24; *Rom.* 1, 20-23; *I Tim.* 6, 16; *II Cor.* 3, 17). Expresiones antropomórficas deben sólo entenderse en sentido metafórico (véase § 37, 7). En las *Teofanías* Dios no aparece directamente ante los Patriarcas, sino mediante un cuerpo formado por Él y bajo el cual se oculta Dios mismo o un mensajero (ángel) suyo. Como quiera que la aparición de Dios es una criatura «mediadora», no debe ser considerada como expresión de Dios, sino como testigo de su cercanía, como alusión a la presencia divina.

Debido a la espiritualidad de Dios, no existe imagen alguna suya. En el *sancta sanctorum* del Templo no había ni imágenes

de Dios ni ningún símbolo de Dios. La prohibición de tallar imágenes (*Deut.* 5, 8) se refería, en primer término, a las imágenes de los ídolos, pero produjo una repugnancia innata contra toda clase de representaciones plásticas, aun contra toda clase de símbolos del Dios invisible, distinto de todas las cosas terrenas, del cual habla todo lo que existe, al cual alude el universo entero, y que no puede ser comparado con nada. La Revelación del Antiguo Testamento rechaza las representaciones plásticas (míticas) de Dios para inculcar en el pueblo elegido la idea de que Dios es un ser espiritual, personal y totalmente distinto del mundo. Esta idea tropezaba con tantas mayores dificultades cuanto que en derredor vivían pueblos superiores por su poderío y riqueza, su grandiosa cultura y su arte (egipcios, babilonios, asirios, persas, griegos), los cuales habían creado ingeniosas religiones, cuyos dioses (formas del misterio del mundo expresado mediante figuras de imponente intensidad), y cultos en que intervenían todas las fuerzas de la Naturaleza, de los sentidos y del arte, constituían una terrible tentación.

El Nuevo Testamento adopta una actitud distinta. Acentúa con la misma intensidad que el Antiguo Testamento la espiritualidad de Dios. Dios es espíritu (*Io.* 4, 24). Pero conviene observar lo siguiente. San Juan dice a sus lectores, que vivían en regiones donde dominaban los mitos: «Y hemos visto su gloria, gloria como el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (*Io.* 1, 14). A la petición de Felipe: «Señor, muéstranos al Padre», responde Cristo: «Tanto tiempo estoy con vosotros, ¿y no me has conocido, Felipe? Quien me ha visto, ha visto al Padre» (*Io.* 14, 8-9). San Pablo asegura que en el semblante de Cristo resplandece la gloria de Dios (*II Cor.* 4, 6). Estos textos se refieren a la visión corporal. Por consiguiente, en cierto modo podemos ver a Dios con los ojos corporales. Es cierto que los ojos corporales no pueden ver a Dios tal como es en sí mismo. Pero nuestros ojos ven, por decirlo así, la huella divina en el mundo, lo mismo que en el semblante de un hombre se puede ver la bondad que en él se pone de manifiesto. «La cara es espejo del alma.» En este sentido, la Encarnación es un misterio en que Dios se hace audible y visible. Pero sólo los ojos del espíritu creyente, es decir, del espíritu iluminado por Dios, pueden ejecutar este acto de visión.

Siendo Dios visible de este modo, es decir, en tanto que podemos ver la «huella divina» en el mundo, hay en el orden de la redención neotestamentaria imágenes y símbolos de Dios (arte).

(Véase Guardini, *Die Sichtbarkeit Gottes*, en *Die Schildgenossen*, 16, 1937, 92-99.)

Notemos además, especialmente, que el texto de San Juan «Dios es espíritu» (4, 24) no sólo expresa la espiritualidad de Dios en oposición a la materialidad, sino también otra cosa esencial. De ordinario, la expresión «espíritu» no indica en el Nuevo Testamento solamente lo contrario de cuerpo, sino que se emplea para designar todo lo distinto de lo natural. En este sentido, se dice también del espíritu humano que es lo natural. En este sentido, se dice también del espíritu humano que es «carne» (véase el Tratado sobre la Gracia). Cuando se afirma de Dios que es espíritu, se quiere decir con ello que es distinto de lo terreno, que se manifiesta con amor libre y generoso para que participemos en su vida y en su gloria. La expresión adorar «en espíritu y en verdad» no solamente quiere decir que hay que adorar a Dios con sinceridad e intimidad del corazón, sino también que hay que adorarlo en cuanto somos hombres regenerados por la automanifestación sobrenatural divina y formados por el Espíritu Santo, es decir, como hombres que conocemos la «verdad», la realidad de Dios patente y revelada. (Véase la explicación que ofrece Bultmann en su obra arriba citada.)

2. En la época de los Santos Padres se defiende la espiritualidad de Dios contra los audianos y los antropomorfistas. Si Tertuliano afirma que Dios es cuerpo, se debe ello, sin duda alguna, a que no puede concebir el concepto de sustancia puramente espiritual, por estar bajo la influencia de la filosofía estoica. Es posible también que emplee el concepto de *corpus* para designar con él una sustancia real. Es, sobre todo, San Agustín el que mejor ha experimentado y conocido que Dios es un ser espiritual y personal; toda su vida fué en gran parte una continua lucha en pro de la espiritualidad de Dios. (Véase H. v. Camphaus, en *Die Bilderfrage als theologisches Problem der Alten Kirche*, en *Zeitschrift für Theologie und Kirche*, 49, 1952, 33-60.)

3. Cuando afirmamos que Dios es espíritu, queremos decir que Dios es Él mismo, con interioridad plena, poseyéndose conscientemente y comprendiéndose con amor absoluto. Cuando hablamos de la plenitud de la vida divina, veremos que la espiritualidad de Dios no significa de ninguna manera impotencia y falta de vitalidad. Hay que guardarse bien de creer que Dios es una abstracción, una cosa meramente pensada.

4. La reflexión teológica demuestra de la siguiente manera la espiritualidad y la simplicidad metafísica de Dios: si Dios estuviese compuesto de partes, habría que buscar un principio capaz de unir y de mantener juntas las distintas partes. Partes diversas no se unen de por sí, sino que exigen la existencia de un principio externo para la unión. Por ejemplo, la unión de la esencia y de la existencia en el hombre no se opera espontáneamente, sino en virtud de una fuerza activa que está fuera del hombre. Sin la intervención de esta fuerza, la esencia humana no puede pasar al estado de existencia. Si en Dios hubiese composición, habría que buscar fuera de Dios una realidad para explicar y comprender por medio de ella a Dios, del mismo modo que para explicar y comprender la existencia del hombre tenemos que acudir a Dios.